

con demasia mortal, para poder llegar al conocimiento de las cosas inmortales. Yo vivo segun la naturaleza si me entrego de todo punto á ella y si soy admirador y reverenciador suyo; ella me mandó que atendiese á entrambas cosas, á obrar y á estar desocupado para la contemplacion; lo uno y lo otro hago, porque la contemplacion no puede subsistir sin accion. Pero dirásme que conviene averiguar si se le arrima por causa del deleite, sin pretender de ella más que una continua contemplacion, de la cual no se puede salir, porque es muy dulce y tiene sus halagos. A esto te respondo que importa ver el ánimo con que pasas la vida civil, si es para andar siempre inquieto, sin tomar el tiempo necesario para pasar la vista de las cosas humanas á las divinas, no siendo digno de aprobacion el apetecer las cosas sin ningun amor de las virtudes, y sacando desnudas las obras sin cultura del ingenio, porque todas estas cosas deben mezclarse y unirse. De esta misma manera es la virtud, que recostada en el ocio, es un imperfecto y flaco bien, que jamas da muestras de lo que aprendió. ¿Quién niega que debe aquel mostrar sus aprovechamientos en las obras? Y no sólo ha de meditar lo que debe hacer, sino que alguna vez ha de ejercitar las manos, reducir á ejecucion lo que meditó. Pero ¿qué dirémos cuando la dilacion no consiste en el sabio? porque muchas veces, sin que falte agente, suelen faltar las cosas en que se ha de hacer; ¿permitirásle, por ventura, estarse consigo solo? ¿Con qué ánimo se aparta el sabio al ocio, para que entienda que aún estando á solas consigo, ha de hacer tales cosas, que sean provechosas á los venideros? Nosotros somos ciertamente los que decimos que Cenon y Crisipo hicieron mayores cosas que si hubieran gobernado ejércitos, tenido honores y promulgado leyes, pues no las hicieron para una ciudad sola, sino para todo el género humano. ¿Por qué, pues, tal ocio como este no ha de ser decente al varon bueno, que dispone en él el bien de los siglos venideros, y no predica á pocos, sino á todos los hombres de cualesquier naciones? En resolucion, te pregunto si Cleantes, Crisipo y Cenon vivieron conforme á su doctrina. Responderásme, sin duda, que vivieron en la misma forma que dijeron se habia de vivir, y tras esto, ninguno de ellos gobernó la república. Tambien me dirás que esto fué porque no tuvieron aquella fortuna ó estado que suele ser admitido al manejo de las cosas públicas, pero que con todo eso, no pasaron la vida ociosa, pues hallaron camino cómo su ocio fuese á los hombres más provechoso que el trabajo y sudor de otros; segun lo cual, parece que éstos hicieron mucho, aunque no tuvieron ocupacion pública. Demas de esto, hay tres géneros de vida, entre

los cuales se suele inquirir cuál sea el mejor: uno está desembarazado para el deleite, otro para la contemplacion y otro para la accion. Dejando aparte toda disputa, y el odio que intimamos á los que seguan diversa opinion, veamos si estas cosas se ajustan al primer género con uno ó con otro título. El que aprueba el deleite no está sin contemplacion, ni el que se da á la contemplacion está sin deleite, ni el otro, cuya vida está destinada á la accion, carece de contemplacion. Dirásme que hay mucha diferencia en que una cosa sea el objeto que se propone ó añadidura de él. Grande es, por cierto, la diferencia, pero, con todo eso, no está lo uno sin el otro; porque ni aquel contempla sin accion, ni éste hace sin contemplacion, ni el otro tercero, de quien comunmente sentimos mal, prueba al deleite holgazan, sino al que con la accion hace firmes á los hombres, segun lo cual, aún esta secta de los que buscan el deleite consiste en accion. ¿Cómo no ha de consistir en accion, si el mismo Epicuro dice que tal vez se apartará del deleite y apetecerá el dolor? Y esto será si amenazare arrepentimiento al deleite, ó si en lugar de un grande dolor, se eligiere otro menor. Para que se vea que la contemplacion agrada á todos, unos la buscan, y nosotros la tenemos, y no como puerto. Añade que por la doctrina de Crisipo es licito vivir en ocio; no digo que éste se padezca, sino que se elija. Dicen los nuestros que el sabio no se ha de arrimar á cualquier república; pues ¿qué diferencia habrá en que el sabio goce de ocio por no ser admitido de la república, ó porque él no la quiere, siendo ordinario faltar á muchos la república, y más continuamente á los que con ansias la buscan? Pregunto: ¿á cuál república se allegará el sabio? ¿Será por ventura á la de los atenienses, en que fué condenado Sócrates, y por no serlo, huyó Aristóteles, y dónde la envidia oprime las virtudes? Dirás que el sabio no ha de ir á esta república. ¿Irá, pues, á la de los cartagineses, donde es continua la sedicion, siendo dañosa la libertad á cualquier varon bueno; donde lo útil es la suma de lo justo, donde hay para los enemigos crueldad inhumana, y enemistad con sus mismos naturales? Tambien huirá el sabio de esta república; y si una por una me pongo á contarlas todas, no hallaré alguna que admita los sabios, ni que los sabios la sufran. Pues si no se halla aquella república que nosotros fingimos, vendrá á ser á todos necesario el ocio, porque en ninguna parte se halla lo que se debe preferir á él. Cuando alguno afirma que es bueno navegar en mar donde hay tormentas, y donde las continuas y repentinas tempestades llevan al piloto á contraria parte, pienso que éste tal, mientras me alaba la navegacion, me prohibe el desancorar la nave.

LIBRO TERCERO.

Á SERENO (1).

DE LA TRANQUILIDAD DEL ANIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Haciendo de mí exámen, en mí (¡oh amigo Sereno!) se manifestaron unos vicios tan descubiertos, que casi se podian cortar con la mano, y otros más escondidos y no continuados, sino que á ciertos intervalos volvan; y á éstos los tengo por molestísimos, porque, como enemigos vagos, asaltan en las ocasiones, sin dar lugar á estar prevenidos como en tiempo de guerra, ni descuidados como en la paz. Hállome en estado (justo es confesarte la verdad, como á médico), que ni me veo libre de estas culpas que temia y aborrecia, ni me hallo de todo punto rendido á ellas. Véome en tal disposicion, que si no es la peor, es por lo ménos lamentable y fastidiosa. Ni estoy enfermo ni tengo salud, y no quiero que me digas que los principios de todas las virtudes son tiernos, y que con el tiempo, cobran fuerzas; porque no ignoro que aún las cosas en que se trabaja por la estimacion, como son las dignidades y la fama de eloquentes, con todo lo demas que pende de parecer ajeno, se fortifica con el tiempo, y que así las cosas que tienen verdaderas fuerzas, como las que se dejan sobornar con alguna vanidad, esperan á que poco á poco las dé color la duracion. Tras esto, recelo que la misma costumbre que suele dar constancia á las cosas, no me introduzca más en lo interior los vicios. La conversacion larga, así de bienes como de males, engendra amor. Cuál sea esta enfermedad del ánimo perplejo en lo uno y en lo otro, sin ir con fortaleza á lo bueno ni á lo malo, no lo podré mostrar tan bien diciéndolo junto, cuanto dividiéndolo en partes. Diréte lo que á mí me sucede; tú puedes dar nombre á la enfermedad. Estoy poseido de un grande amor á la templanza; así lo confieso. Agrádame la cama no adornada con ambicion; no me agrada la vestidura sacada del cofre y prensada con mil tormentos, que la fuercen á hacer diferentes visos, sino la casaca y comun, en que ni hubo cui-

dado de guardarla ni le ha de haber en ponerla. Agrádame el manjar que no costó desvelo á mis criados ni causó admiracion á los convidados, y no me agrada el prevenido de muchos dias, ni el que pasó por muchas manos, sino el ordinario y fácil de hallar, sin que en mi mesa se ponga cosa alguna de las que el precio subido atrae, sino en las que en cualquier lugar se hallan, sin ser molestas á la hacienda y al cuerpo, y sin que sean tales y tantas, que hayan de salir por la parte por donde entraron. Agrádame el criado poco culto y el tosco esclavo, y la pesada plata de mi rústico padre, sin que en ella haya considerable hechura y sin que esté grabado el nombre del artifice. Agrádame la mesa no celebrada por la variedad de colores, ni la conocida en la ciudad por diferentes sucesiones de curiosos dueños, sino aquella que baste para el uso, sin que el deleite ocupe ni la envidia encienda los ojos de los convidados. Pero despues de estar agradao de estas cosas, me aprieta el ánimo el ver en otros gran cantidad de pajes y esclavos relumbrantes con el oro de las libreas, más bizarras que las de los míos. Tambien me congoja el entrar en una casa llena de riquezas y adornada con artesones dorados, y apriétame el lisonjero pueblo, que de continuo corteja á los que disipan sus haciendas. ¿Qué diré de las fuentes que, transparentes hasta lo hondo, se ven en los cenáculos? Qué de los manjares exquisitos, dignos de tal teatro? Lo que puedo decir es, que viniendo yo de las remotas provincias de la frugalidad, me cercó con grande esplendor la demasia, haciéndome por todas partes una dulce armonía, con que titubeó algun tanto el escuadrón; pero contra él levanté con más facilidad el ánimo que los ojos, y con esto me retiré, no peor, pero más triste, no hallándome tan gustoso entre mis deslucidas alhajas, donde me acometió un tácito remordimiento, dudando si eran mejores las más costosas, y aunque ninguna de ellas me rindió, ninguna dejó de combatir-me. Agrádame seguir la fuerza de los preceptos, entrándome en medio de la república, y aunque me da gusto de ponerme las insignias y honores de juez, no es por andar vestido de púrpura ni cercado de doradas varas, sino por estar más dispuesto para el socorro de mis amigos y allegados y al de todos los mortales. Puesto más cerca, sigo á Cenon, Cleantes y Crisipo, ninguno de los cuales se arrimó á la república, aunque ninguno de ellos dejó de encaminar á otros á ella, á la cual, cuando permito se acerque mi ánimo no acostumbrado, si acaso ocurre alguna cosa indigna ó poco corriente (como es ordinario en la vida humana), ó

(1) Rodriguez de Castro (*Biblioteca española*, tomo II) dice: «El libro *De tranquillitate animi*, que en la mayor parte de las ediciones de Séneca tiene el título *De tranquillitate vite*, consta de dos partes: la segunda tiene el *De constantia sapientis* y el de *In sapientem non cadere injuriam*. Su objeto es el mismo que el de Demócrito en la obra intitulada *Εὐθυμία*, que Ciceron tradujo *Tranquilidad de ánimo*. Está dedicado á Anneo Sereno, capitán de guardias del emperador Neron, y en sentir de Justo Lipsio, está escrito con nervio, sutileza y singular elocuencia.»

Segun Juan Alberto Fabricio, sobre el libro *De constantia sapientis*, formó Justo Reiffenberg unas disertaciones morales, tomadas por la mayor parte de los comentarios de Justo Lipsio, como advierte Jacobo Thomasio.

cuando las cosas á que se debe poca estimacion me piden mucho tiempo, luego me vuelvo al ocio; y como es más veloz la carrera á los cansados ganados cuando tornan á su casa, así á mi ánimo le agrada más el encerrar la vida entre las propias paredes. Nadie, pues, me usurpe un solo día, ya que no pueda darme recompensa equivalente á tal pérdida. El ánimo estribe en sí mismo, estítese y no se embarace en ajenas cosas, ni haga aquellas en que puede intervenir el juez. Ame la tranquilidad, que no se embaraza en cuidados públicos ni particulares; mas donde la importante lección levantó el espíritu, y donde los nobles ejemplos pusieron espuelas, luego se desea acudir á los tribunales para ayudar á unos con la abogacía, y á otros con el favor; y aunque parezca que éste no haya de ser de provecho, se intente que lo sea, para enfrenar la soberbia de quien sin razón se engríe por verse próspero. Yo tengo por más acertado en los estudios poner los ojos en la substancia de las cosas, y que el lenguaje se acomode á ellas, proporcionándoles las palabras de modo, que á la parte donde ellas nos guiaren, siga la oración sin demasiado cuidado. ¿Qué necesidad hay de adornar lo que no ha de durar muchos siglos? ¿Pretendes que los venideros no te pasen en silencio? Advierte, pues, que naciste para la muerte; y que el entierro con silencio tiene menos de molesto. Escribe alguna materia en estilo sencillo, y sea para ocupar el tiempo en beneficio tuyo, y no para ostentacion; menor trabajo basta á los que escriben para el tiempo presente. Cuando el espíritu se levanta de nuevo con la grandeza de algun pensamiento, luego se hace altivo en las palabras; porque al modo que aspira á cosas altas, procura hablar con altivez, y entónces, olvidado de la ley y del ajustado juicio, me dejo subir en alto, hablando con labios ajenos. Y para no discurrir con singularidad en cada cosa, digo que en todas me sigue esta enfermedad del entendimiento sano, y temo caer poco á poco en ella, y lo que más cuidado me da, es el estar siempre colgado, á imitación del que va á caer; siendo esta indisposición mayor que la solicitud que de curarla tengo. Porque á las cosas domésticas las miramos amigablemente, siendo este favor perjudicial al juicio. Entiendo que muchos llegarán á la sabiduría, á no persuadirse que ya la habían conseguido; y si en sí mismos no hubieran disimulado muchas cosas, mirando las de los otros con ojos despabilados y atentos. No pienses que con la adulacion se destruyen solamente los negocios ajenos, y no los propios. ¿Quién hay que tenga valor para decirse verdad á sí mismo? ¿Quién es el que metido entre la multitud de aduladores, no se lisonjeó? Suplicote que si sabes algun remedio con que detener esta tormenta que padezco, me juzgues digno de que te deba la tranquilidad. Bien sé que los movimientos de mi ánimo no me son peligrosos ni me acarrearán cosa de inquietud; pero para declararte con un verdadero símil aquello de que me lamento, te digo que lo que me fatiga no es tempestad, sino fastidio. Líbrame, pues, de esta indisposición, y socorre al que padece á vista de tierra.

CAPÍTULO II.

Quando estoy en silencio conmigo solo, me pregunto á qué cosa me parece semejante este afecto de ánimo, y con ningun ejemplo quedo más propiamente advertido que con el de aquellos que, habiendo salido de alguna grave y larga enfermedad, se ven todavía molestados de ligeros accidentes, y aun despues de haber de todo punto desechado las reliquias de la indisposición, les inquietan sospechas, y estando ya sanos, dan el pulso á los médicos, desacreditando cualquier calor que sienten. Los cuerpos de éstos no están enfermos, sino poco acostumbrados á la salud, sucediéndoles lo que al mar y á las lagunas, que aun despues de cesar las tormentas, y estar tranquilas y sosegadas, les quedan algunas mareas. Por lo cual, es necesario uses, no de aquellos duros preceptos que hemos ya pasado, ni que te resistas en algunas ocasiones, ni que en otras te hagas eficaz instancia; basta lo último, que es el darte crédito á tí mismo, persuadiéndote á que vas camino derecho, sin dejarte llevar por las transversales huellas de muchos, que á cada paso van haciendo nuevos discursos, y estando en el camino, le yerran. Lo que deseas es una cosa grande, alta, y muy cercana á Dios; que es no mudarte. Los griegos llaman á esta firmeza de ánimo *estabilidad*, de la cual Demetrio escribió un famoso libro, y yo la llamo *tranquilidad*, porque ni tengo obligacion de imitarlos, ni de traducir las palabras á su estilo. La cosa de que se trata se ha de significar con algun término que tenga fuerza de la palabra griega, aunque no tenga la misma cara. Lo que ahora preguntamos es, de qué modo estará siempre el ánimo con igualdad y cómo caminará con próspero curso, siéndole propicio y mirando sus cosas con tal alegría, que no se interrumpa, perseverando en un estado plácido sin desvanecerse ni abatirse. Esto es *tranquilidad*; busquemos, pues, el camino por donde podemos llegar de todo punto á ella. Toma tú la parte que quisieres del remedio público, y ante todas cosas, has de poner delante todo el vicio, para que cada uno conozca lo que de él le toca, y con esto verás cuánto ménos embarazo tienes con el fastidio de tí mismo, que el que tienen aquellos que, atados á ocupaciones honrosas y trabajando bajo el yugo de magníficos títulos, los detiene en su simulacion más la vergüenza que la voluntad. En un mismo paraje están los molestados de liviandad que los fatigados del fastidio y los que viven en continua mudanza de intentos, agradándoles más los que dejaron, como los que, hechos holgazanes, están voceando todo el día. Añade á éstos los que, imitando á los que tienen dificultoso sueño, andan mudándose de un lado á otro, hasta que el cansancio les acarrea la quietud, formando de tal modo el estado de su vida, que paran últimamente, no en el que les puso el aborrecimiento de mudanzas, sino en el que les acarrea la vejez, inhábil para nuevas empresas. Añade también los que no desisten de ser livianos por dejar de ser inconstantes, sino que por ser perezosos, viven, no como desean, sino como comenzaron. Innumerables son las calidades de las culpas, y uno sólo es el efecto del vicio, que es el descontentarse de sí mismo.

Y esto nace de la destemplanza de ánimo y de los cobardes ó poco prósperos deseos, que ó no se atreven á tanto como apetecen, ó no lo consiguen, y adelantándose en esperanzas, están siempre inestables; accidente forzoso á los que viven pendientes del querer ajeno. Pásaseles toda la vida en industriarse á cosas poco honestas y muy dificultosas, y cuando su trabajo queda sin premio, les atormenta la infructuosa indignidad, sin que el arrepentimiento sea de haber pretendido lo malo, sino de que sus deseos quedaron frustrados; y entónces se hallan poseidos del dolor que les causa el arrepentimiento de lo comenzado, y el que tienen de lo que han de comenzar, entrando en ellos una inquietud de ánimo, que en ninguna cosa halla salida, porque ni pueden sujetar á sus deseos, ni saben obedecerlos; de que nace una irresolucion de indeterminada vida y un detenimiento de ánimo entorpecido entre determinaciones, y estas cosas les son más molestas cuando por odio de la trabajosa infelicidad se retiraron al ocio y á los estudios quietos, que no los admite el ánimo levantado á negocios civiles ni el deseo de trabajar, por ser de natural inquieto; y así, cuando se ve careciendo del consuelo y deleites que le daban las ocupaciones, no puede sufrir su casa, su soledad y el estar metido entre paredes, doliéndose de verse dejado para sí solo; de que le nace el fastidio y desagrado y un desasosiego de ánimo poco firme. Causales la vergüenza interiores tormentos, y los deseos que se ven encarcelados en sitio estrecho y sin salida se ahogan; y de que resulta el entristecerse y marchitarse, por estar contrastados de infinitas olas de la incierta determinacion que los aflige, en que les tienen suspensos las cosas comenzadas, y tristes las lloradas. De aquí principalmente tiene origen el afecto de aquellos que, detestando su ocio, se quejan de que les faltan decentes ocupaciones, y de ello nace asimismo la envidia de los ajenos acrecentamientos, que se alimenta en la propia pereza; y así, los que no pudieron adelantarse desean la ruina de los otros. Y finalmente, esta aversion á las medras ajenas y la desesperacion de las propias engendran un ánimo airado contra la fortuna y querrelloso de los tiempos; y el que se ve retirado en los rincones y reclinado en su misma pena, mientras tiene cansancio de sí mismo, tiene también arrepentimiento. Porque el ánimo es naturalmente activo é inclinado á movimientos, siéndole materia agradable la que se le ofrece de levantarse y abstraerse; y esto es mucho más en unos talentos pésimos, que voluntariamente se dejan consumir en las ocupaciones. Diria yo que á éstos, de quien se han apoderado los deseos como llagas, teniendo por deleite el trabajo y fatiga, sucede lo que á algunas heridas, que apetecen las manos de quien han de recibir daño, y lo que á la sarna del cuerpo, que se deleita con lo que la hace más penosa. Porque muchas cosas que con un cierto dolor dan gusto á nuestros cuerpos, como es el mudarlos de una parte á otra, para refrescar el lado aun no cansado, en la forma que Homero nos pintó á Aquiles, ya puesto boca abajo, ya vuelto al cielo, mudándose en varias posturas, por ser muy propio de enfermos no durar mucho en un estado, tomando por remedio las mudanzas. De aquí nace el hacerse vagas

peregrinaciones y el navegar remotos mares, haciendo, ya en el agua, y ya en la tierra, experiencia de la enemiga liviandad. Unas veces decimos que queremos ir á la provincia de Campania, y cuando nos cansa lo deleitable, pasamos á los bosques Brucios y Lucanos, y tras esto queremos que en la montaña se procure algun sitio de recreacion, en que los lascivos ojos se eximan de la prolija inmundicia de lugares hórridos, y para esto vamos á Taranto y á su celebrado puerto, y á otros sitios de cielo más templado, para pasar el invierno en las casas que fueron otro tiempo capaces y opulentas á su antigua poblacion. Luego decimos: «Volvamos á la ciudad, porque há muchos días que nuestras orejas carecen del estruendo y aplauso, y tenemos gusto de ver en los espectáculos derramar sangre humana, pasando de unas fiestas en otras.» Y de este modo, como dijo Lucrecio, anda cada uno huyendo de sí; pero ¿de qué le aprovecha, si nunca acaba de ejecutar la huida? Va siguiéndose á sí mismo, con que le molesta un pesado compañero. Conviene, pues, que nos desengañemos, confesando que la culpa no está en los lugares, sino en nosotros, que somos flacos para sufrir mucho tiempo el trabajo ó el deleite, nuestras cosas ó las ajenas. A muchos acarrea la muerte la mudanza de intentos, recayendo en las mismas cosas, sin dar lugar á la novedad, de que resultó causarles fastidio la vida y el mismo mundo, diciendo con rabiosa queja: «¿Hasta cuándo han de ser unos mismos los deleites?»

CAPÍTULO III.

Pregúntasme de qué remedio te has de valer contra este hastío; y segun lo opinion de Antenodoro, el mejor fuera ocuparte en las cosas públicas, en su administracion y en los oficios civiles. Porque, al modo que algunos hombres pasan los días curtiendo sus cuerpos el sol en ocupaciones y ejercicios, y al modo que á los luchadores les es muy útil el gastar mucho tiempo en fortalecer los brazos para el ministerio á que se dedicaron; así á nosotros, que hemos de disponer los ánimos á la pelea de los negocios civiles, nos es fuera de conveniencia asistir siempre en la obra, porque con el intento de hacerse apto para ayudar á sus ciudadanos y á todos, viene á un mismo tiempo á ejercitarse, y á ser provechoso á otros, aquel que, puesto en medio de las ocupaciones, administró conforme á su caudal las cosas particulares y las públicas. Pero tras esto, dice que como en esta tan loca ambicion de los hombres son tantos los calumniadores que tuercen lo justo á la peor parte, viene á estar poco segura la sencillez, siendo más lo que impide que lo que ayuda. Conviene, pues, apartarnos de los tribunales y de los puestos públicos; que el ánimo grande también tiene en los retiramientos donde poder espaciarse, y como el ímpetu de los leones y de otras bestias fieras no se acobarda estando metidos en sus cuevas, así tampoco dejan de ser grandes las acciones de los hombres grandes, aunque estén apartados del concurso. De tal manera se retiran éstos, que donde quiera que esconden su quietud, lo hacen con intento de aprovechar á todos en comun y á cada uno en particular, ya con su ingenio, ya con sus

palabras, y ya con su consejo. Porque no sólo sirven á la república los que apadrinan á los pretendientes y los que defienden á los reos, y los que tienen voto en las cosas de la paz y la guerra, sino tambien aquellos que exhortan á la juventud y á los que, en tiempo que hay tanta falta de buenos preceptos, instruyen con su virtud los ánimos, y los que detienen y desvian á los que se precipitaban á las riquezas y demasías. Y si de todo punto no lo consiguen, por lo ménos los retardan. Los que esto hacen, áun estando retirados, tratan el negocio público. ¿Por ventura hace más el corregidor y juez que entre los vecinos y forasteros pronuncia las sentencias comunicadas con su asesor, que el que retirado enseña qué cosa es justicia, piedad, paciencia, fortaleza, desprecio de la muerte, conocimiento de los dioses, y finalmente, el grande bien, que consiste en tener buena conciencia? Luego si gastares el tiempo en los estudios, aunque te apartes de los oficios, no será desampararlos ni faltar á tu obligacion, pues no sólo milita el que en la campaña está defendiendo el lado derecho ó siniestro, sino tambien el que guarda las puertas y el que asiste haciendo centinela en la plaza de armas; porque, aunque este puesto es ménos peligroso, no es ménos cuidadoso; y así, aunque estos cuidados tienen ménos de sangrientos, entran á gozar de los estipendios y sueldos. Si te retirares á tus estudios y dejares todo el cansancio de la vida, no vendrás á codiciar la noche por el fastidio del día, ni te cansarás de tí mismo, ni á otros serás enfadoso. Llegarás muchos á tu amistad, y te irán á buscar todos los hombres de bien, porque aunque la virtud esté en lugar obscuro, jamas se esconde, ántes siempre da señales de sí, y cualquiera que fuere digno de ella, la hallará por las huellas. Pero si nos apartamos de la comunicacion y renunciamos el trato de los hombres, viviendo solamente para nosotros, sucederá á esta retirada una soledad, carecedora de todo buen estudio, y una falta de ocupaciones, con que comenzaremos á plantar unos edificios y á derribar otros, á dividir el mar, á conducir sus aguas contra la dificultad de los lugares, consumiendo mal el tiempo, que nos dió la naturaleza para que le empleásemos bien. Unos usamos de él con templanza y otros con prodigalidad; unos le gastamos en tal forma que podemos dar razon, otros sin que nos queden reliquias de él; por lo cual no hay cosa más torpe que ver un viejo de mucha edad, que para probarla no tiene otro testimonio más que los años y las canas. Paréceme á mí, oh carísimo Sereno, que Artemidoro se rindió con demasia á los tiempos, y que con demasiada presteza huyó de ellos; porque yo no niego que tal vez se ha de hacer retirada, pero ha de ser á paso lento, sin que el enemigo lo entienda, conservando las banderas y la reputacion militar. Los que con las armas se entregan al enemigo, están mas seguros y estimados; lo mismo juzgo convenir á la virtud y á los amadores de ella, que si prevaleciere la fortuna y les atájare la facultad y posibilidad de hacer bien, no huyan luego, ni volviendo las espaldas desarmados, busquen dónde esconderse, siendo cierto que no hay lugar seguro ni exento de las persecuciones de la fortuna. En tal caso, entren con mayor denuedo en los negocios de

la república, buscando con buena eleccion algun ministerio en que puedan ser útiles á su ciudad. El que no puede militar, aspire á honores civiles; si ha de pasar vida privada, sea orador; si le imponen silencio, ayude á sus ciudadanos con abogacia; si tiene peligro en los tribunales, muéstrese en las casas, espectáculos y convites, buen vecino, amigo fiel y templado convidado, y en caso que le falten los ministerios de ciudadano, no le falten los de hombre; y por esta razon, teniendo gallardía de ánimo, no nos hemos encerrado en las murallas de una ciudad, ántes hemos salido al comercio de todo el orbe, juzgando por patria á todo el mundo, para dar con esto más ancho campo á la virtud. Si no has podido llegar á ser consejero, si te está prohibido el púlpito, y no te llaman á las juntas, pon los ojos en la grande latitud de provincias y pueblos, y verás que nunca se te prohíbe tanta parte, que no sea mucho mayor la que se te deja. Pero advierte en que esta culpa no sea toda tuya, por no querer servir á la república si no te hacen oidor, ó uno de los cincuenta magistrados ó sacerdotes de Céres, ó supremo dictador. ¿Será bueno que no quieras militar si no te hacen general ó tribuno? Si otros están en la primera frente, y la fortuna te puso en la retaguardia, pelea desde ella con la voz, con la exhortacion, con el ejemplo y con el ánimo. El que estando á pié quedo esfuerza á los demás con vocería, hallará cómo ayudar en la guerra, áun despues de cortadas entrambas manos. Lo mismo harás tú: si la fortuna te apartare de los primeros puestos de la república, si estuvieres firme y la ayudes con voces, y si te cerraren los labios, no descaezcas; ayúdala con silencio; que el cuidado del buen ciudadano jamas es inútil, pues siempre hace fruto, con el oido, con la vista, con el rostro, con la voluntad y con una táctica obstinacion, y hasta con los mismos pasos; porque al modo que muchas cosas salutíferas hacen provecho con sólo olerlas, sin llegar á gustarlas ni tocarlas; así la virtud esparce mil utilidades, aunque esté léjos y escondida, ora use de su derecho, ora tenga las entradas precarias, hallándose obligada á recoger las velas; ora esté ociosa y muda, ó encarcelada en angosto sitio; ora esté en público; porque en cualquier traje será provechosa. ¿Piensas tú que es de poco fruto el ejemplo del que retirado vive bien? Asegúrote que es cosa muy superior mezclar el ocio en los negocios, cuando se prohíbe la vida activa, ó ya con casuales impedimentos, ó con el estado de la república. Porque nunca se cierran tan de todo punto las cosas, que no quede lugar para alguna accion honesta. ¿Podrás por ventura hallar alguna ciudad más perdida de lo que fué la de Atenas, cuando los treinta tiranos la despedazaban, habiendo muerto á mil y trescientos ciudadanos de los mejores, sin poner esto fin á la ciudad, que consigo mismo se irritaba? En esta república, donde estaba el rigurosísimo tribunal de los areopagitas, y donde se juntaban el pueblo y el senado en forma de senado, allí se juntaba tambien cada día un colegio de homicidas y un infeliz tribunal angosto para tantos tiranos. ¿Podía, por ventura, tener alguna quietud aquella ciudad, donde los tiranos eran tantos cuantos los soldados de la guarda, sin que se pudiese ofrecer

á los ánimos esperanza alguna de libertad, y sin descubrirse camino para el remedio contra tan gran fuerza de infortunios? ¿De dónde, pues, habian de salir para el reparo de tan mísera ciudad tantos Hermodios? De que estaba Sócrates en ella, y consolaba á los senadores que lloraban, y exhortaba á los que desconfiaban de la salud de la república, y baldonaba á los ricos que temian perder las riquezas con el tardío arrepentimiento de su peligrosa avaricia, y daba á los que le querian imitar un heroico ejemplo, viéndole que andaba libre entre treinta dueños. A éste, pues, que con valor se oponia al escuadron de tiranos, mataron los atenienses, no pudiendo aquella ciudad, cuando se vió libre, sufrir la libertad; y con esto verás que en república afligida hay ocasion de que se manifieste el varon sabio, y que, al contrario, en la floreciente y bien afortunada reinan el dinero, la envidia y otros mil flacos vicios. En la forma, pues, que estuviere la república, y en la que la fortuna nos permitiere, nos hemos de desplegar ó encoger; pero siempre ha de ser nuestro movimiento sin entorpecerlos, por estar atados con temor. Ántes aquel se podrá llamar varon fuerte, que, amenazado por todas partes de los peligros, y oyendo cerca el ruido de las armas y el estruendo de las cadenas, no atropellare ni escondiere la virtud, no siendo justo hacer ofensa á la que le conserva. Entiendo que fué Curio Dentato el que decia que quisiera más ser muerto que dejar de vivir. El último de los males naturales es, el salir del número de los vivos ántes de morir; pero, con todo eso, conviene hacerlo cuando te trajere la suerte á tiempo ménos tratable para la república, para que con el ocio y las letras la ayudes más, y que, como quien se halla en alguna peligrosa navegacion, procures tomar puerto, no esperando á que te dejen los negocios, sino dejándolos tú.

CAPÍTULO IV.

Ante todas cosas, conviene pongamos los ojos en nosotros mismos, y despues en los negocios que emprendemos, por quién y con quién los emprendemos. Y lo primero que cada uno ha de hacer es, tantear su capacidad; porque muchos nos persuadimos á que tenemos fuerzas para llevar más carga de la que en efecto podemos. Hay unos que en confianza de su elocuencia se despeñan, otros gravan su hacienda más de lo que puede sufrir, otros con ocupacion laboriosa oprimen su enfermizo cuerpo. A unos impide la vergüenza para el manejo de negocios civiles, que requieren osada frente, y en otros no es conveniente para palacio su terquedad; unos saben enfrenar la ira, y á otros cualquiera indignacion los enfurece, y algunos no saben poner límite á la graciosidad ni abstenerse de peligrosas chocarrerías. A todos éstos más seguro será el ocio que la ocupacion, siendo bien que la naturaleza impaciente y feroz evite las ocasiones nocivas á su libertad.

CAPÍTULO V.

Débense, despues de esto, pesar las cosas que emprendemos, cotejándolas con nuestras fuerzas; porque siem-

pre es conveniente sean mayores las del que lleva que las de lo que ha de ser llevado, porque si éstas son mayores, será forzoso opriman al llevador. Demas de esto, hay otros negocios, que no tienen tanto de grandes como de fecundos, porque encadenan consigo otros muchos, y éstos, de quien se originan várias y nuevas ocupaciones, son de los que debemos huir, sin entrar en parte donde no tengamos libre la salida. Sólo has de poner mano en aquellas cosas que esté en tu voluntad el hacer, ó esperar que tengan fin, dejando las que se extienden á mayor latitud, sin poder terminarse cuando propusiste.

CAPÍTULO VI.

Has de hacer, finalmente, exámen de los hombres, para ver si son dignos de que en ellos empleemos parte de nuestra vida, ó si les alcanza algo de la pérdida de nuestro tiempo. Hay algunos que nos hacen cargo de las buenas obras que voluntariamente les hicimos. Atendodoro dijo que áun no iria al convite de aquel que no se juzgase deudor en tenerle por su convidado. Persuádome que juzgarás que éste mucho ménos iria á las casas de aquellos que quieren, con dar su mesa, recompensar las amistades de sus amigos, computando por dádivas los platos, y queriendo disculpar su destemplanza, diciendo va encaminada á honor de los convidados; quita tú á éstos que no tengan testigos de sus convites, y no tendrán gusto con el regalo secreto. Tambien debes considerar si tu naturaleza es más apta al despacho de negocios ó á estudios retirados y á contemplacion, y luego te has de encaminar á la parte donde te guia la fuerza de tu ingenio. Sócrates sacó del tribunal á un consejero, asiéndole por la mano, porque juzgó ser más apto para escribir historias y anales; que los ingenios forzados no responden bien, y si repugna la naturaleza, es bueno el trabajo.

CAPÍTULO VII.

Ninguna cosa hay que tanto deleite el ánimo como la dulce y fiel amistad, siendo gran bien estar dispuestos los pechos para que con seguridad se deposite cualquier secreto en aquel cuya conciencia temas ménos que la tuya, cuya conversacion mitigue tus cuidados, cuyo parecer aclare tus dudas, cuya alegría destierre tu tristeza, y finalmente, cuya presencia deleite tu vista. Hemos de elegir los amigos tales, que en cuanto fuere posible, estén desnudos de deseos; porque los vicios entran solapados, y despues se extienden á todo lo que hallan cercano, ofendiendo con el contacto; por lo cual conviene (como se hace en tiempos de pestilencia) que no nos sentemos junto á los cuerpos infectos y tocados de la enfermedad, porque atraeremos á nosotros los peligros, y con sola la comunicacion vendremos á enfermar. De tal manera debemos cuidar en elegir los talentos de los amigos, que sean sin tener la menor falta, porque suele ser origen de enfermedad mezclar lo sano con lo que no lo está. Pero en esto no es mi intento decirte que á tu amistad no atraigas otros más que al sabio; porque ¿dónde has de hallar á éste, á quien todos los siglos hemos buscado? Por